

ABEJA ESPAÑOLA

NUM. 304. *Lúnes*, 12 de Julio. 5 qtos.

NI TAN SERIOS QUE PAREZCAMOS
BORRICOS.

Noticias extrangeras.

Melinda 23 de Enero.— La opulenta compañía establecida en esta ciudad desde tiempo inmemorial, conocida con el nombre de los *Pancistas*, ha recibido en estos últimos dias un golpe mortal con la pérdida de un cargamento de macarrones, y otros comestibles preciosos que conducia la goleta *Tripuchi*, procedente del golfo pérsico.

Babilonia idem.— La confusion y algarabía que reynaba en esta capital se va disipando un poco desde que á los *Parsis* se les va haciendo entender que no son invulnerables, por mas que declamen quatro bestias hipócritas sostenedores de

doctrinas subversivas del estado.

Linterna Mágica 2 de febrero.—

La atmósfera de este desgraciado reyno, tan espesa y cargada hace siglos, segun atestiguan documentos históricos, se va aclarando y purificando extraordinariamente. Los sábios del pais atribuyen este agradable fenómeno á la continua agitación de la atmósfera, inducida por la constante impetuosidad de los saludables vientos que vienen de la parte de donde sale el Sol. Y tambien agregan que luego que se realice el gran proyecto de poner en circulación una inmensa masa de aguas que se hallaban estancadas (por ignorancia é incuria de los gobiernos de muchos siglos anteriores) acabará de desaparecer enteramente, y para siempre, la neblina que aun resta. Es opinion generalmente recibida que la desecacion de los pantanos y el desmonte de las muchas malezas que pueblan abundantísimamente la superficie de este reyno, ha de abrir un manan-

tial de prosperidad pública, haciendo desaparecer á tanto insecto como se alimenta en estos bosque sin-cultos, y fragosos á expensas de la agricultura, que por falta de terrenos *propios* para trabajar con provecho, se halla en un estado casi cadavérico.

PECADO ORIGINAL POLITICO DE LA ESPAÑA.

La falta de buenas leyes es el pecado original político de los pueblos. Todo lo que se obra despues, aunque sea con la mejor intencion, sale manchado con esta primer culpa que contamina toda la sociedad. El despotismo, que es el mayor enemigo de la felicidad pública, no tiene ni puede tener otro origen. El pais, donde este funesto vicio llega por desgracia á radicarse, bien se puede considerar como una nave deshecha en medio de una borrasca, cuyos individuos no tienen siquiera el recurso débil de una ta-

bla que los preserve y consuele algunos instantes.

En efecto, las leyes que por falta de sistema, no han ligado en lo posible á este monstruo devorador de las sociedades, son mas débiles aun que *telas de araña*, como las consideraba un filósofo, pues no prestan asilo cierto á persona alguna. Una sociedad construida sobre leyes aisladas, y que no estriban en principios encadenados con firmeza, de cuyo vigor participen todas las leyes que de ellos dimanen, no es sociedad, sino en el nombre. El pecado original de la falta de leyes, es (como el de Adán) el *fomes*, y el origen del desencadenamiento de todas las pasiones, que no pueden ser contenidas sino por el vigor y freno de aquellas.

Si se recorre una sociedad así constituida, se notará en cada una de las clases de que se compone, que la propension á su comodidad exclusiva, obra libremente contra la de las demas clases. El eclesiástico no

está al nivel de su regla y sus institutos: el militar pierde aquel equilibrio de honor que habia promovido su misma profesion, para empeñarlo en sacrificios, á que no se podia prestar voluntariamente el amor exclusivo de si mismo: el magistrado profana el santuario de la justicia á la sombra de una ley ambigua, que le acuerda quanto puede hacer valer sus afecciones y su voluntad: el empleado ve en el desorden del sistema un recurso, que dexa de aprovechar pocas veces la natural inclinacion del hombre á poseer y á gozar: todos en fin, hasta el miserable artesano se siente estimulado, como por instinto, á seguir el rumbo siniestro, que arrebatá á la sociedad entera, y pone al nivel á todos los hombres.

¿Por donde habia la España de seguir otro orden, que el que ha establecido la naturaleza misma de las cosas para todas las sociedades? ¿Ha tenido por ventura alguna vez leyes, que la preservasen de este mor-

tal contagio, que infesta á las naciones mal constituidas? Por mas que se hable de sus antiguos estatutos, ¿sus reyes no han podido hacer siempre, lo que les ha inspirado su capricho, y natural propension á preferir á la de la ley, su propia voluntad? ¿A que son, pues, estas declamaciones de rutina, que nada dicen á los que las saben analizar, sino que el que las profiere no ha conocido nunca la sociedad en que vive? ¿Como podia haber en medio de una nacion corrompida por el pecado *original* de su Constitucion, una clase, que fuese concebida sin esta mancha? Por mas sagrado que fuese su carácter y su establecimiento, ¿se podria nunca sostener mucho tiempo sin contraer esta enfermedad maligna, que se recibe con el ayre mismo que respiramos todos, de un mismo modo, en la atmósfera política de la sociedad? ¿Como podria el que fuese en una nave, impulsada vehementemente por los vientos y las olas

hacia una direccion tomar rumbo contrario al que llevase la nave?

En una nacion cuyo sistema (organizado de arbitrariedad) ha producido por el espacio de casi dos mil años, se puede decir, una naturaleza nueva para los españoles, ¿no habia de haber favoritos, injusticias, abusos, opresion, y todos los males que son consiguientes á aquel principio?

Desengañémonos; las naciones han sido y serán siempre lo que las leyes quieran. Esparta quiso formar una sociedad de héroes, y los tuvo. Atenas quiso hacer un pueblo de sábios, y los hizo. Roma intentó naturalizar el espíritu guerrero, y lo logró. Inglaterra ha querido hacer una nacion comerciante y rica, y la ha hecho; la Francia ha tenido necesidad de soldados, y los tiene. Quando la España lo quiera eficazmente, sobrarán tambien entre nosotros, y las buenas disposiciones naturales de esta nacion valiente y pundonorosa, se aprovecharán en-

tónces por un gobierno que la ponga en estado de desenrollarlas.

Lavémonos, pues, de esta mancha original, cuyos resabios obran todavía á pesar de las nuevas instituciones; haya leyes justas, pero vigorosas, y el soldado, el eclesiástico, el empleado, el general, el magistrado, el rey mismo, entran sin recurso en los deberes de su destino, sin que les quede arbitrio para otra cosa; entretanto empleense las declamaciones, y sarcasmos contra las leyes, que dexan á los hombres la libertad de quebrantarlas impunemente, y acudase al orígen del mal para remediarle: á pesar de que nunca se llegará con dictorios, é imprecaciones á destruir abusos que protege, con la impunidad, la ley misma, que los condena.

Cádiz. Imprenta Patriótica. 1813.

A cargo de D. R. Verges.